

CONTAR LOBOS PARA HACERLOS DESAPARECER

Cristian Cornejo-Latorre*

Facultad de Ciencias, Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México, Ciudad de México, México. crisclat@gmail.com.

*Autor de correspondencia

¿Cómo sabemos cuándo desaparece una población de animales? En Yellowstone, la respuesta quedó dispersa entre informes, diarios y registros producidos durante la persecución de los lobos.

En 1918, los administradores del Parque Nacional de Yellowstone, en Estados Unidos de América, registraron la muerte de alrededor de 35 lobos (*Canis lupus*). Contaban los lobos eliminados, pero no sabían cuántos seguían vivos. Nadie conocía con certeza cuántas manadas persistían en el parque ni dónde se encontraban sus madrigueras. Aquellos archivos no se elaboraron para estudiar a los lobos, sino para documentar una campaña destinada a eliminarlos. Décadas más tarde, el biólogo John Weaver regresó a esos registros con una pregunta distinta. Entre informes administrativos, reportes de cazadores y otros documentos históricos encontró mucho más que un inventario de animales muertos: había información sobre manadas, madrigueras, desplazamientos y lugares donde los lobos habían persistido. Al reunir esas piezas pudo reconstruir cómo Yellowstone dejó de sostener una población reproductiva de lobos.

La persecución había comenzado mucho antes. En 1877, un informe del superintendente de Yellowstone describía cadáveres de alces y otros ungulados impregnados con estricnina y utilizados como cebos. Los colocaban cazadores comerciales conocidos como "wolfers", que obtenían ingresos de la venta de pieles de lobos y glotonas (*Gulo gulo*). Apenas tres años después, el superintendente Philetus Norris advertía que el alto valor de las pieles y la eficacia de los cebos envenenados casi habían provocado la "exterminación" de lobos y coyotes.

A finales del siglo XIX no existía un programa sistemático para monitorear a los lobos y hasta la terminología



Soldados exhiben una piel de lobo en la estación de patrulla de Soda Butte Creek, Parque Nacional de Yellowstone, 1905. Fotógrafo desconocido. National Park Service (NPS). Dominio público.

de los documentos podía ser ambigua. Algunos autores empleaban la palabra "lobo" tanto para el lobo gris como para el coyote, conocido entonces como el "pequeño lobo de las praderas". Un mismo registro podía mezclar ambas especies, y la ausencia de observaciones no significaba necesariamente que los lobos hubieran desaparecido. También podía indicar que había pocos observadores o que nadie consideró importante registrar su presencia. Lo que quedó fueron informes administrativos, cartas, diarios y otros documentos dispersos que, décadas más tarde, adquirirían un valor científico inesperado.

A comienzos del siglo XX, los registros de lobos se hicieron más frecuentes en el norte de Yellowstone. En septiembre de 1914, el naturalista M. P. Skinner observó una manada de once individuos en Pelican Valley. Apenas tres meses después, el guardaparque Henry Anderson mató cuatro lobos en Slough Creek y otros tres fueron abatidos antes de terminar diciembre. Aquellas siete muertes marcaron el comienzo de una campaña de eliminación que continuaría hasta 1926.

La campaña de erradicación involucró a distintos actores. Participaron *wolfers* atraídos por el comercio de pieles, guardaparques y cazadores del U.S. Biological Survey, la agencia federal encargada del control de depredadores. La persecución del lobo no fue solo una sucesión de disparos, trampas y cebos envenenados; se convirtió en una política pública respaldada por personal, presupuesto y procedimientos administrativos. Paradójicamente, la documentación producida durante aquella campaña terminaría convirtiéndose en una fuente fundamental para reconstruir la desaparición de los lobos de Yellowstone.

En 1915, las autoridades de Yellowstone consideraban que los lobos representaban una seria amenaza para alces, ciervos, borregos cimarrones y berrendos. Estos grandes herbívoros atraían visitantes y representaban un atractivo para la caza que el parque buscaba proteger. Bajo esa visión, el lobo no era visto como un componente que debía conservarse del ecosistema, sino como un competidor que debía ser controlado. La política de control de depredadores, sin embargo, no era aceptada por todos. En 1922, un informe recomendó continuar la campaña y emplear los métodos considerados más eficaces para eliminar a los depredadores. Para entonces, el control incluía disparos, trampas y cebos envenenados, aunque algunos conservacionistas cuestionaban estas prácticas.

Quienes participaban en el control aprendieron a leer el paisaje con la misma atención que un naturalista. Seguían huellas, vigilaban madrigueras, registraban aullidos y observaban los desplazamientos de los lobos. En 1922, Henry Anderson identificó una extensa región de bosques, ciénagas y terrenos rocosos como uno de sus principales refugios de verano. Su propósito era localizarlos para eliminarlos, pero al registrar dónde se refugiaban, cómo se desplazaban y qué lugares utilizaban terminó dejando un valioso retrato del uso que los lobos hacían del territorio en Yellowstone. Esta es una de las paradojas más reveladoras de los archivos de Yellowstone,



Sam Woodring, jefe de guardaparques de Yellowstone, sostiene dos de los diez cachorros de lobo capturados en abril de 1922 frente a la herrería del parque. Fotógrafo desconocido, ca. 1922. National Park Service (NPS). Dominio público.

para perseguir a una especie primero hay que conocerla. Hay que descubrir dónde instala sus madrigueras, qué rutas recorre, en qué época sigue a las manadas de alces y dónde vuelve a reunirse después de criar. El mismo conocimiento que puede servir para conservar una población también puede utilizarse para hacer más eficiente su eliminación.

Las madrigueras recibieron una atención especial por los cazadores. Por ejemplo, en 1916, los exploradores Donald Stevenson y Cruse Black siguieron durante varios días a una loba hasta localizar su madriguera cerca de Hellroaring Creek. Sin embargo, a pesar del minucioso seguimiento, los documentos no coincidieron: Stevenson registró seis cachorros, mientras que el zoólogo Vernon Bailey reportó siete. La discrepancia nunca pudo resolverse. Casos como este muestran uno de los principales problemas de reconstruir una población a partir de archivos históricos: decidir qué registros pueden considerarse confiables. En 1918, los informes mensuales registraron 35 lobos muertos, mientras que el informe anual consignó 36. En 1920, una madriguera fue sellada con un número desconocido de cachorros en su interior, por lo que el total de ese año solo pudo establecerse como "26 o más". Y en 1921, un funcionario informó la muerte de 40 "coyotes y lobos" sin distinguir entre ambas especies, por lo que Weaver excluyó ese registro del recuento.

Después de revisar discrepancias, omisiones y registros ambiguos, Weaver estableció que entre 1914 y 1926 se había documentado la muerte de al menos 136 lobos dentro de Yellowstone: aproximadamente 80 cachorros y 56 adultos. La cifra no representa cuántos lobos vivían en el parque, sino el número mínimo de muertes que puede demostrarse con los documentos disponibles. Que en un año se registraran más lobos muertos no significa necesariamente que hubiera más lobos en Yellowstone. La cifra también podía aumentar si había más cazadores, si la persecución era más intensa o si las condiciones facilitaban encontrarlos. Cada registro habla tanto de los lobos como del esfuerzo realizado para localizarlos y eliminarlos.

Aun con esas limitaciones, los archivos conservan información sobre cómo se organizaban y dónde se reproducían los lobos. Entre 1914 y 1923, 15 de los 27 informes disponibles mencionan grupos de tres o más individuos. Los registros de madrigueras ocupadas en 1916 y 1920 sugieren que en algunos momentos pudieron coexistir al menos cuatro grupos reproductores en el noreste de Yellowstone. Incluso la concentración de muertes en el noreste del parque debe interpretarse con cautela, debido a que podía reflejar tanto una mayor presencia de lobos como un acceso más fácil y una persecución más intensa en esa región.

A partir de 1923, los informes comenzaron a cambiar de tono. En abril de ese año, el personal del parque destruyó la última madriguera registrada: la hembra murió y cinco cachorros fueron capturados con vida. Después, las referencias a grupos numerosos se volvieron cada vez más escasas. Durante los tres años siguientes, solo tres de catorce informes mencionaron más de dos lobos juntos. En su lugar aparecieron expresiones como "huellas muy escasas", "una pista solitaria" o "se cree que queda un número muy limitado". Los documentos empezaban a registrar algo distinto, ya no manadas y madrigueras, sino rastros cada vez más aislados de lobos.

Todavía aparecían observaciones ocasionales. En 1924, una cuadrilla de trabajadores aseguró haber visto doce lobos en Elk Park, aunque el propio informe advertía que el avistamiento no estaba confirmado. Dos años después, dos cachorros fueron capturados junto al cadáver de un bisonte cerca de Soda Butte. Aquella captura ocurrió en el último año de la campaña oficial de control, pero no demuestra que entonces hubiera desaparecido el último lobo de Yellowstone. Una población no desaparece necesariamente cuando deja de observarse el último animal. Pueden persistir individuos aislados o llegar otros desde regiones vecinas. De hecho, durante las décadas siguientes continuaron apareciendo reportes esporádicos de lobos, casi siempre individuos solitarios o parejas, aunque los registros no indican que manadas residentes persistieran después de mediados de la década de 1930. Lo que desapareció primero no fueron todos los lobos, sino las manadas residentes capaces de reproducirse y persistir a lo largo del tiempo.

Determinar si todavía existía una población de lobos exigía algo más que reunir documentos históricos. En 1975, John Weaver comenzó a revisar diarios de exploradores, registros militares, informes del parque y cerca de 500 reportes de animales o rastros atribuidos a lobos. Pero esos registros planteaban un problema fundamental: ¿cómo distinguir una observación confiable de un error? A distancia o durante una observación breve, un coyote grande podía confundirse con un lobo.

Weaver sabía que no podía aceptar todos los registros por igual: cada observación debía ganarse su lugar como evidencia. Para evaluarlos diseñó un sistema de puntuación que consideraba la experiencia del observador, las condiciones del avistamiento y los rasgos descritos del animal. Los registros que alcanzaban 16 puntos o más se clasificaban como "probables", mientras que aquellos con una puntuación menor se consideraban "posibles". La categoría "positiva" quedaba reservada para animales capturados o muertos cuya identidad como lobo podía verificarse. El método era deliberadamente conservador: algunos coyotes podían pasar por lobos y algunos lobos verdaderos quedar relegados a categorías menos confiables por falta de información. Después llevó la misma pregunta al campo. Junto con sus asistentes recorrió cerca de 2700 kilómetros a pie, con esquís y raquetas de nieve, buscando huellas y otros indicios de lobos. Desde distintos puntos del parque emitieron o imitaron aullidos alrededor de 1400 veces, de día y de noche, esperando una respuesta que confirmara su presencia.

La búsqueda no encontró evidencia de una población residente y reproductiva en el parque. Los avistamientos recientes eran escasos y dispersos, casi siempre de individuos solitarios o parejas. Al combinar estas observaciones con la desaparición progresiva de manadas, madrigueras y registros reproductivos en los archivos históricos, Weaver pudo reconstruir algo más que la pérdida de individuos: el colapso de una población. Publicado en 1978, *"The Wolves of Yellowstone"*

reunió esas evidencias para reconstruir la historia y el estado de los lobos del parque. El trabajo permitió distinguir entre la aparición ocasional de algunos individuos y la existencia de una población residente. Esa diferencia convirtió décadas de documentos y observaciones dispersas en una línea base científica para comprender la desaparición de los lobos y sustentar la propuesta de restaurar una población viable en Yellowstone.

Los documentos producidos durante la campaña de exterminio terminaron teniendo un propósito inesperado. Leídos décadas después desde la ecología, permitieron localizar antiguas áreas de reproducción, reconocer manadas y seguir su desaparición a lo largo del tiempo. Los archivos, sin embargo, no son una ventana transparente al pasado. Registran lo que sus autores consideraron importante, los lugares donde decidieron mirar y las categorías disponibles en su época. Convertir esos documentos en evidencia científica exige conocer su procedencia, comparar versiones y reconocer sus limitaciones y sesgos.

El caso de Yellowstone también corrige una idea frecuente sobre la conservación. La desaparición de una población no coincide necesariamente con la muerte del último individuo observado. Una población persiste mientras conserva procesos demográficos capaces de sostenerla: individuos que se reproducen, crías que sobreviven y jóvenes que se incorporan a nuevas generaciones. Cuando esos procesos se interrumpen, una población puede estar desapareciendo mucho antes de que se observe al último individuo.

Hoy el seguimiento de los lobos de Yellowstone genera una cantidad de información inimaginable para los funcionarios de 1918: radiocollares, genealogías, localizaciones e historias de vida detalladas. Pero nuestros registros tampoco son un reflejo perfecto de la naturaleza. Cada método determina qué podemos observar y qué permanece fuera. Dentro de unas décadas, posiblemente estos mismos datos también serán releídos con preguntas que todavía no se han formulado.

Los funcionarios contaron muertes. Weaver contó ausencias. Nosotros heredamos ambos inventarios. Yellowstone nos recuerda que una población puede perder su capacidad de sobrevivir a largo plazo mucho antes de que reconozcamos su desaparición.

LITERATURA CONSULTADA

- Alagona, P. S., J. Sandlos, y Y. F. Wiersma. 2012. Past imperfect: using historical ecology and baseline data for conservation and restoration projects in North America. *Environmental Philosophy* 9:49-70.
- Bailey, V. 1930. *Animal Life of Yellowstone National Park*. Charles C. Thomas. Springfield, EE.UU.
- Cahalane, V. H. 1939. The evolution of predator control policy in the national parks. *Journal of Wildlife Management* 3:229-237.
- Coleman, J. T. 2004. *Vicious: Wolves and Men in America*. Yale University Press. New Haven, EE.UU.
- Johnston, J. 1998. Preserving the beasts of waste and desolation: Theodore Roosevelt and predator control in Yellowstone National Park. *The George Wright Forum* 15:19-26.
- Murie, A. 1940. Ecology of the Coyote in the Yellowstone. *Fauna of the National Parks of the United States*, Fauna Series 4. U.S. Government Printing Office. Washington, D.C., EE.UU. Disponible en crislat@gmail.com
- Ray, J. 2020. The remarkable 50-year conservation journey of Dr. John Weaver. Wildlife Conservation Society Canada. <https://wcscanada.org/newsroom/stories/the-remarkable-50-year-conservation-journey-of-dr-john-weaver/> Consultado el 30 de agosto de 2026.
- Robinson, M. J. 2005. *Predatory Bureaucracy: The Extermination of Wolves and the Transformation of the West*. University Press of Colorado. Boulder, EE.UU.
- Schullery, P. (ed.). 2003. *The Yellowstone Wolf: A Guide and Sourcebook*. University of Oklahoma Press. Norman, EE.UU.
- Skinner, M. P. 1927. The predatory and fur-bearing animals of the Yellowstone National Park. *Roosevelt Wild Life Bulletin* 4:163-281. Disponible en crislat@gmail.com
- Szabó, P. 2010. Why history matters in ecology: an interdisciplinary perspective. *Environmental Conservation* 37:380-387.
- Weaver, J. L. 1978. *The Wolves of Yellowstone*. Natural Resources Report 14. National Park Service, U.S. Department of the Interior. Washington, D.C., EE.UU. Disponible en crislat@gmail.com



Lobo gris (*Canis lupus*) en Lamar Valley, Parque Nacional de Yellowstone, Estados Unidos de América. Fotografía: Jim Peaco/National Park Service (NPS), abril de 2009. Dominio público.

Sometido: 30/ago/2026.

Revisado: 23/sep/2026.

Aceptado: 24/sep/2026.

Publicado: 01/oct/2026.

Editor asociado: Dra. Alina Gabriela Monroy-Gamboa.